

1898

EL "MAINE"

La explosión que inició un imperio

Nueve cuarenta de la noche del día 15 de febrero. Año 1898. Puerto de La Habana. Una gran explosión sacude la ciudad. Desde los muelles y el litoral, los habaneros contemplan atónitos el espectáculo del acorazado norteamericano «Maine», que se incendia y se hunde rápidamente. Al día siguiente se sabría que en la catástrofe habían perecido dos oficiales y 264 marineros de los 354 hombres que componían la tripulación. Gran parte de la prensa norteamericana anuncia el suceso a sus lectores como un acto «hostil» y provocado desde «fuera» del buque. El «New York Journal and Advertiser», órgano de William R. Hearst, gran señor de la prensa, es tajante en su titulación: «La destrucción del acorazado "Maine" es obra de un enemigo». El único enemigo posible a que se podía referir Hearst era España, y así lo entendieron inmediatamente los millones de ávidos lectores del «Journal».

19 de abril de 1898

La Cámara de Representantes y el Senado de los Estados Unidos de América resuelven:

«1.º Que el pueblo de Cuba es y tiene el derecho de ser libre e independiente.

«2.º Que los Estados Unidos tienen el deber de pedir, y, por tanto, el Gobierno de los Estados Unidos pide, que el Gobierno español renuncie inmediatamente a su autoridad y gobierno sobre la isla de Cuba y retire de Cuba y de las aguas cubanas sus fuerzas terrestres y navales.

«3.º Que se autorice y faculte al Presidente de los Estados Unidos, como lo está por la presente, para usar todas las fuerzas terrestres y navales de los Estados Unidos y para movilizar las milicias de los diversos Estados al servicio de los Estados Unidos en la medida que pueda ser necesario para la ejecución de la presente resolución.

«4.º Que los Estados Unidos declinan por la presente toda disposición o intención de ejercer soberanía, jurisdicción o autoridad (control) sobre dicha isla, excepto para su pacificación, y afirma su determinación, una vez realizada, de dejar el gobierno y control de la isla a su pueblo».

La declaración lleva fecha del 10 de abril y equivalía a una declaración de guerra para el Gobierno de Madrid. El día 20 de abril, la resolución fue aprobada por el Presidente norteamericano Mac Kinley, que telegrafió su texto íntegro al embajador en la capital de España, mister Woodford, con la orden de que la presentara al Gobierno español acompañada del siguiente ultimátum: «España renunciará a su autoridad y gobierno sobre Cuba en el plazo de tres días». El Gobierno español, para evitar la vergüenza de ver presentado el últi-

mátum, retira a su embajador en Washington. Mister Woodford sale en el primer tren con dirección a París. Se crea una confusa situación diplomática que da pie legal al Presidente norteamericano para declarar la guerra el día 25, con efectos retroactivos a partir del 21 de abril. El 18 de julio de ese mismo año, destruida la Escuadra y deshecho y desmoralizado el Ejército, el Gobierno español pide los buenos oficios franceses para suspender las hostilidades. La guerra ha terminado. Para los americanos ha costado 2.500 vidas —la mayoría por enfermedades— y unos cuantos millones de dólares. El país hincha el pecho de orgullo. Fue, como dijo el secretario de Estado, John Hay, «una espléndida guerrita», de cuyos beneficios ningún anglosajón civilizado podía quejarse. Rudyard Kipling, entusiasmado, escribió un poema alabando la decisión americana de intervenir «para compartir la pesada carga impuesta sobre hombre blanco».

Patria o muerte

De 1868 a 1878 se libra la primera guerra de independencia cubana. La lucha costó 260.000 muertos entre ambas partes y comenzó con el manifiesto que Carlos Manuel de Céspedes dirige a los cubanos desde el pueblo de Yara, y que marca el paso de la protesta autonomista a la lucha por la libertad y la independencia. Las causas de la insurrección son las clásicas de un levantamiento anticolonial: arbitrariedad burocrática, explotación despiadada de la mano de obra indígena (la esclavitud se abolió en Cuba en 1878), corrupción funcional, mediocridad de gobierno despóticas emitidas desde la metrópoli, etcétera. Cuando llega el Convenio de Zanjón, que pone fin momentáneo a la guerra, la insurrección toma un respiro necesario, mientras el Gobierno español —aquejado de una oleada de optimismo— cree haber resuelto todo sin cambiar para nada su línea de actuación torpe y conservadora. La oligarquía «restauradora» que monopolizaba el Gobierno de España agotó todos los trucos y recursos imaginables para dejar sin resolver el problema de Cuba. Los impuestos para pagar los gastos de la guerra y recompensar a los funcionarios españoles volvieron a ser una pesadilla para los criollos. El comercio se había estancado y la isla vivía al mínimo de su potencial económico. Ni el Partido Liberal Cubano (autonomista moderado) ni mucho menos la Unión Constitucional (españolista) podían evitar el poderoso estallido nacionalista de José Martí, fundador del Partido Revolucionario Cubano. Ya no se espera nada de España ni se lucha por la autonomía, sino por la independencia y la re-



Durante muchos años, la guerra de USA contra España siguió teniendo ecos «románticos» en los amplios sectores del imperialismo y el militarismo yanquis, que la consideraron su «lanzamiento» como gran potencia. La prensa americana hizo abundante uso de retórica y sensacionalismo para justificar la Intervención, que sólo combatieron voces aisladas. En la fotografía, portada del «August Century», con reportajes sobre la guerra.

rial-materialistas» de los yanquis. La hora del relevo había sonado.

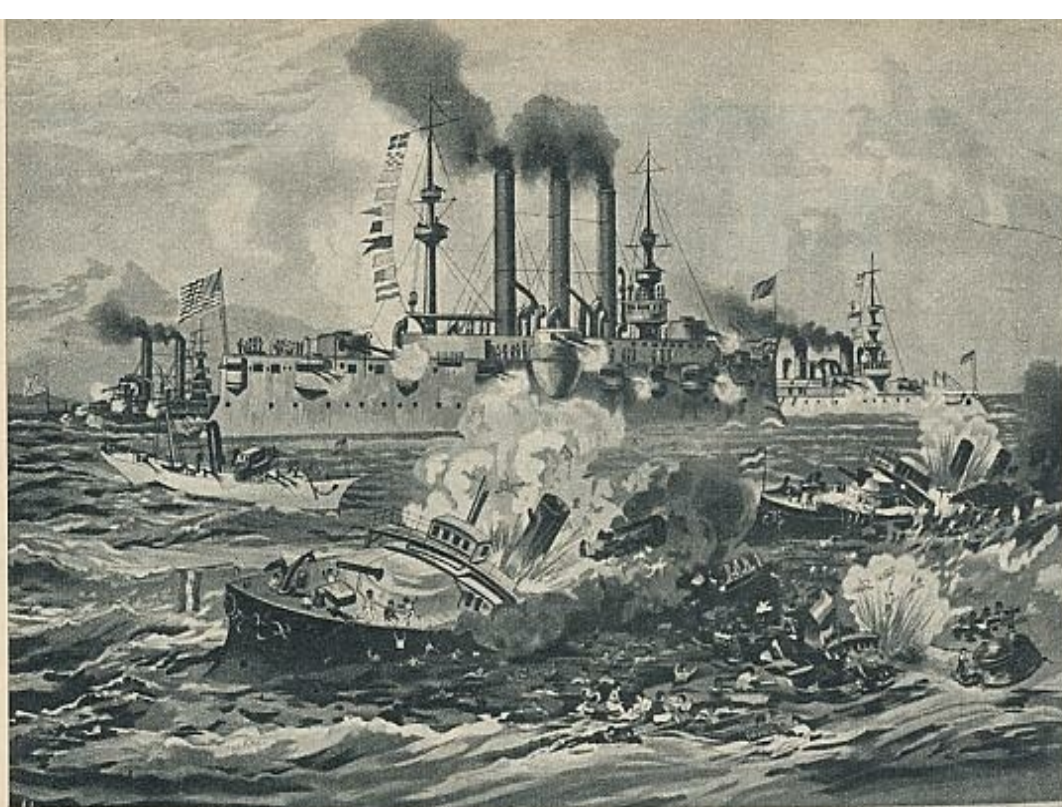
La voladura

«Fue un ruido ensordecedor, seguido de una serie de ruidos metálicos causados seguramente por el derrumbamiento de la superestructura central y la explosión y la caída de grandes masas de material. El casco experimentó una sacudida violenta, acompañada de trepidaciones, cabeceando y escorándose violentamente a babor, con un movimiento general de sumersión. Muchos, tanto a bordo como en tierra, oyeron dos estampidos; el primero fue breve, pero el segundo, que siguió inmediatamente, fue mayor y más prolongado. Desde tierra se vio una espesa columna de llamas y humo gris que salía del buque, proyectando en el espacio fragmentos incandescentes. A una altura de 150 ó 160 pies, la columna de humo formaba como un dosel de nubes que se cernía en el barco, dejando caer una lluvia de trozos materiales, algunos de los cuales cayeron a media milla del barco. Me di cuenta inmediatamente de que el barco se hundía por la banda de babor...».

Con estas palabras, recogidas en su libro «The Maine: an account of her destruction in Havana Harbor», el capitán del «Maine», Sigsbee, relata el hundimiento del acorazado.

La reacción de las autoridades españolas ante la catástrofe fue inmediata, con el nombramiento de un juez instructor —el comandante Peral— encargado de investigar la voladura. El Gobierno español ofreció además al norteamericano el establecimiento de una comisión mixta encargada de dar su dictamen sobre las causas de la explosión. Los americanos rehusaron y establecieron por su cuenta otra comisión, integrada por oficiales de alta graduación y técnicos militares, entre los que figuraba Sigsbee, el comandante del buque hundido. La psicosis bélica, entre tanto, llegaba a su apogeo en los Estados Unidos, y como era fácil de prever, las dos comisiones investigadoras llegaron a conclusiones distintas. La pregunta clave era: ¿Había sido la explosión provocada dentro o fuera del buque? Si la explosión había surgido «dentro», la responsabilidad española quedaba a salvo, pero si se demostraba que el origen de la explosión había sido externo, las autoridades españolas quedaban gravemente comprometidas.

El 22 de marzo, el juez español, comandante Peral, emitió su informe, según el cual no habían sido encontrados restos de cable, minas o cualquier otro indicio técnico que permitiera hacer suponer que el agente de la explosión fuera ex-



La destrucción de la escuadra de Cervera, en aguas cubanas, fue una batalla sencilla para los acorazados yanquis que contaban con una artillería de alcance muy superior a la de los barcos españoles. Los americanos practicaron el «tiro al blanco», y los marinos españoles derrocharon sacrificio y obediencia por imposición del Gobierno.

«Los españoles buenos son cubanos»

(José Martí)

volución nacionalista cubana. Martí desembarca en Cuba en abril de 1895 para iniciar el último gran asalto por la liberación cubana del yugo español, y el 19 de mayo de ese mismo año morirá en el combate. Su muerte y su esfuerzo no fueron vanos, porque había dado a la guerra un giro irreversible. La insurrección de los patriotas cubanos se va haciendo más revolucionaria y antilmerialista por momentos. Ni la mano dura de Weyler, ni la despoblación obligada de los campos («concentración de pacíficos», según la jerga oficialista), ni algunas victorias parciales conseguidas «manu militari» podían contener la avalancha. Como un último recurso, en noviembre de 1897 España declara el régimen de autonomía en la isla y en enero de 1898 presta juramento el primer Gobierno autónomo cubano.

La autonomía da satisfacción a algunos sectores moderados de la oligarquía criolla cubana, pero no puede satisfacer a los revolucionarios, que presienten ya el triunfo en sus manos y tratan de empujar a las masas a la lucha final.

Así están las cosas cuando los Estados Unidos deciden intervenir abiertamente. El día 25 de enero, a petición del cónsul norteamericano en La Habana, general Lee, so pretexto de defender a los súbditos americanos en la isla, el Gobierno de Washington hace fondear el acorazado «Maine» en el puerto de la capital cubana. La presencia del buque venía a coincidir con la de otras unidades navales de los Estados Unidos a menos

de cuatro horas de navegación del litoral cubano. Una importante flota compuesta por cinco acorazados, seis cruceros y cinco torpederos.

Los propósitos de anclar permanentemente al «Maine» en La Habana parecen confirmados por la correspondencia intercambiada entre el Departamento de Estado y el cónsul estadounidense en La Habana, recogida en el libro de Horace Edgard Flack «Spanish American Diplomatic Relations Preceding the War of 1898».

El Gobierno español, sabiéndose más débil, decide evitar la guerra con los Estados Unidos a toda costa. En lugar de darse por enterado de la ofensa, hace oídos sordos y agasaja a la tripulación del «Maine», mientras envía en «visita recíproca» al crucero «Vizcaya» a Nueva York. Dos semanas después de la llegada del «Maine» a La Habana, la prensa de Hearst publica una carta del embajador español en Washington, Enrique Dupuy de Lome, que origina un grave incidente diplomático. La carta, dirigida a Canalejas, fue interceptada por un espía cubano, y en ella se vertían conceptos injuriosos para el Presidente Mac Kinley, al que se calificaba de «débil y populachero» y al que se acusaba de «politicastro que quiere dejarse una puerta abierta y quedar bien con los jingoes de su partido».

La publicación de la carta provocó una ira muy melodramática en la prensa y esferas oficiales yanquis, y Dupuy de Lome fue destituido.

Prensa y mesianismo

La prensa americana, autoespoleada por la competencia sensacionalista sobre la situación en Cuba, había creado un «sentimiento popular» de simpatía contra la presencia española en la isla, cuyos frutos iban a ser muy útiles al Gobierno norteamericano para justificar la intervención armada. Se había llegado a un sentimiento de auténtica «psicosis intervencionista» por parte del americano medio, para el que Cuba era una «prolongación natural» de Florida. Pero es difícil saber si tal psicosis fue en realidad provocada por la prensa o si únicamente recogía el deseo expansionista de un país que, orgulloso de su fuerza, deseaba exhibirla sin demasiado riesgo frente a una mediocre potencia militar como España.

Analizando con cierto detalle la historia de la nación yanqui puede verse que la guerra hispano-norteamericana fue el primer eslabón a escala mundial de la cadena de intervenciones militares que señalan el reconocimiento de los Estados Unidos como superpotencia, destino mesiánico incluido. Si el incidente del «Maine» no hubiera existido, tenía que haber sido inventado. El vigoroso capitalismo americano no podía tolerar en el Caribe la presencia de un competidor subdesarrollado, el cual, para colmo, también conservaba ideas mesiánicas de signo «imperial-espiritualista», diferentes a las «impe-

1898 EL 'MAINE'

Pero la comisión norteamericana, que había emitido su informe a Washington el día 21, después de asegurar que la disciplina a bordo era «completa, cumpliéndose todas las órdenes y reglamentos» y que las municiones «se hallaban debidamente almacenadas», subraya, en conclusión, que «la pérdida del "Maine" no fue debida a la culpa o descuido de sus oficiales y tripulantes, sino a la explosión de una mina submarina, que dio lugar a la voladura parcial de dos o más paños de proa».

«A pesar de este resultado —terminaba el Informe—, no se recogió prueba alguna fijando las responsabilidades de persona o personas determinadas».

Este informe sirvió de base al Congreso para determinar la «hostilidad española» y, en consecuencia, declarar la guerra. Pero algunas opiniones autorizadas europeas, como la del contraalmirante francés Dupont, lo pusieron ya en entredicho. El propio presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, T. B. Reed, pensó al terminar la guerra que debía de haberse encomendado la investigación de la voladura a una comisión neutral, y posteriormente, al pedir su opinión al almirante Melville, director del Cuerpo de Ingenieros de la Armada norteamericana, recibió de éste un largo informe personal fechado el 29 de enero de 1902.

Melville publicó su Informe en julio de 1912 en la «North American Review», destacando claramente la falta de pruebas sobre el origen externo de la voladura.

Dos años antes de la publicación del Informe Melville, el Gobierno norteamericano ordenó realizar unos trabajos para la recuperación del casco del «Maine». Los restos del acorazado fueron sacados a la superficie en 1911 y hundidos de nuevo en 1912, con el ceremonial patriótico acostumbrado en estos casos.

En julio de 1911, el general Bixley, director del Cuerpo de Ingenieros Militares, declaró que la destrucción del «Maine» fue debida a la explosión de los paños de munición, y añadía de modo categórico que «ninguna explosión exterior hubiera podido producir los mismos resultados». Pero en noviembre de ese mismo año, una nueva comisión dio a la luz el llamado «Informe Vreeland», en el que se dictaminaba que la voladura había sido provocada por una carga explosiva colocada en el casco del buque y bajo su línea de flotación. El dictamen fue refutado por el almirante Sigsbee (el antiguo comandante del «Maine»), que formó parte de la primera comisión investigadora, donde, al parecer, ya apuntó sus reservas a las conclusiones generales adoptadas.



El 12 de mayo de 1898, la escuadra yanqui bombardea el Puerto de San Juan, Puerto Rico, en un alarde inútil de fuerza, para decidir el resultado de la guerra con España. Puerto Rico era, quizá, en aquella época, la única colonia española que no había desarrollado todavía aspiraciones independentistas, pero los americanos también se la anexionaron en el Tratado de París.

Con motivo del informe Vreeland, Sigsbee hizo una declaración a la prensa en las que aseguró que nunca existieron pruebas de que la explosión fuera externa y que no se vio jamás resto alguno de mina en los alrededores del hundimiento.

Independiente de que no hubiese razones técnicas para responsabilizar a ningún «agente externo» de la voladura del «Maine» está el hecho claro de que España no deseaba la guerra con los Estados Unidos, cuya potencia temía, como queda demostrado por los contactos iniciados por María Cristina a través del Papa León XIII y el Emperador de Austria-Hungría para tratar de llegar a un acuerdo con los Estados Unidos. Hasta que punto estaba el Gobierno español dispuesto a transigir para evitar la guerra con el gigante lo demuestra la suspensión de hostilidades ordenada a las tropas españolas en Cuba el 9 de abril de 1898 para dar satisfacción a la opinión pública y al Gobierno norteamericanos.

Excepto algún puñado de lunáticos que al conocer en España la noticia de la guerra con USA se lanzó a la calle dando gritos de júbilo, el país recibió con extraordinaria gravedad la triste nueva. Los más inteligentes y la mayor parte de la oficialidad del Ejército se die-

ron perfecta cuenta de que no existía ninguna probabilidad de victoria. Hasta los jefes de la Flota, llegado el momento, tratarán de evitar el sacrificio absurdo de llevar a sus barcos y a sus hombres a servir de blanco de prácticas de tiro de la Escuadra yanqui.

Pero si va contra toda lógica que la voladura del «Maine» fuera obra española, quedan tres posibilidades: que la explosión fuera un auténtico accidente, que fuera provocada por los patriotas cubanos para llevar al límite la tensión entre USA y España o que fuera una artimaña de Washington para acelerar la intervención. La segunda de estas hipótesis parece poco probable, porque el elemento más consciente del nacionalismo cubano se daba ya perfecta cuenta del peligro que representaba dejar a los americanos decidir la guerra. La famosa carta inconclusa de Martí a Manuel Mercado («Viví en el monstruo y le conozco las entrañas») es reveladora para comprender esto.

A favor de la hipótesis de la voladura provocada están una serie de interrogantes sin respuesta recogidos por el periodista americano José García G. Primero: ¿Por qué los Estados Unidos mandaron el «Maine» a La Habana en «visita de cortesía» en momentos en que

era más violenta la campaña propagandística contra España, clamando la intervención militar? Segundo: ¿Existían en aquella época medios técnicos para colocar cargas explosivas adheridas al casco de un buque fondeado a más de un kilómetro de la costa? Tercero: ¿Por qué la casi totalidad de las víctimas eran marineros y clase, atrapados en las cubiertas inferiores? ¿Cómo logró salvarse la casi totalidad de la oficialidad? Cuarto: ¿Por qué la prensa no publicó las opiniones de congresistas y personalidades norteamericanas y extranjeras que ponían en duda la culpabilidad de España? Quinto: ¿Cómo pudo emitirse el veredicto de sabotaje y culpabilidad de España cuando los restos del «Maine» sólo pudieron ser rescatados y examinados a fondo varios años después?

El ensayo imperial

Mil ochocientos noventa y ocho marca para los Estados Unidos el punto de arranque de su expansionismo como gran potencia imperialista. El país estaba pujante y se sentía plétórico de fuerzas. El mercado interior se había quedado pequeño y la maquinaria industrial

capitalista yanqui necesitaba empezar a volcar sus excedentes de dólares y mercancías en alguna parte. Las vías naturales de expansión en aquellos momentos apuntaban al Caribe y al Pacífico. El primero, por su proximidad geográfica, era ya considerado un «mar interior» donde no había que pensar en el reparto con otras naciones. Pero «la extensión del dominio americano en el Pacífico occidental y en las islas del Caribe —como escribe el historiador James P. Shenton en su «History of The United States»— precipitó un gran debate sobre la naturaleza del poderío estadounidense». El debate, ciertamente, no estuvo exento de contradicciones, pero el resultado tenía que ser favorable a las fuerzas imperialistas representantes de las tendencias más agresivas de un capitalismo desarrollado y monopolista que empezaba a trabajar a toda máquina. Las contradicciones entre los «businessmen» y el Gobierno giraban en torno a la forma y la estructura del nuevo imperio que se avecinaba. Para Cleveland y Mac Kinley, por ejemplo, se trataba no tanto de anexionar territorios —conforme al estilo clásico del colonialismo europeo—, sino de monopolizar intereses económicos e imponer decisiones políticas sin necesidad de organizar un imperio colonial administrado «a la europea». El secretario de Estado de Cleveland, Richard Olney, aseguraba que el poderío de la nación USA estaba basado en sus «infinitos recursos combinados con una posición aislada», lo que convertía a los Estados Unidos «prácticamente invulnerables contra cualquiera o todas las restantes potencias». Esta posición aislada no excluye, sino que reafirma, la intervención militar allí donde haga falta y con los medios que sean necesarios. Los ejemplos son innumerables, y han alcanzado su punto más flagrante en Indochina, con consecuencias fatalmente imprevisibles para el resto del mundo.

Volviendo a Cuba, los Estados Unidos habían expresado repetidas veces durante el siglo XIX sus deseos de comprar la isla. Cuando llega la lucha por la independencia en 1868, las inversiones norteamericanas en la isla alcanzan casi los 70 millones de dólares de aquella época, la mayor parte en azúcar, tabaco y minas. La guerra hispano-cubana arrasa la economía de la isla, que ve sus exportaciones azucareras reducidas a un quinto. En 1890, el Congreso norteamericano adopta la llamada «tarifa Mac Kinley», según la cual el azúcar cubano podía entrar sin pagar ningún derecho arancelario en los Estados Unidos. Esto origina un resurgimiento económico en la isla, que se va al traste en 1894, cuando es derogada la tarifa Mac Kinley y se establece un recargo

del 40 por 100 del valor en la mercancía azucarera para su entrada en USA. La medida significa simplemente la ruina para la isla. El espectro del hambre y de desempleo vuelve, y está directamente relacionado con el segundo estallido patriótico-revolucionario de Martí en 1895. La falta de recursos económicos españoles para contrarrestar esta situación cubre de desprestigio a la metrópoli y provoca el pase del campesinado hambriento a las filas revolucionarias.

Cuando termina la guerra hispano-cubano-norteamericana hay un gran ganador: los Estados Unidos. España, que en el Tratado de París pierde Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas, se ve despojada por los Estados Unidos de unas colonias que, en definitiva (salvo quizá en el caso de Puerto Rico), se habían negado a seguir siendo explotadas y administradas por la metrópoli.

El gran perdedor de la guerra es el pueblo cubano, que llevaba treinta años luchando por su independencia y que ni siquiera estuvo representado cuando se firmó el Tratado de París. El precio que Cuba tuvo que pagar por su dura lucha contra España viene dado por Boris Goldenberg en su libro «La Revolución cubana y Latinoamérica».

«El país —escribe Goldenberg— había quedado destruido. Casi 400.000 personas murieron, muchos en los campos de concentración en los que el general español Weyler había congregado a una gran parte de la población. En 1898, el censo mostraba una población de 1,5 millones de habitantes —60.000 menos que diez años antes—. El número de cabezas de ganado había disminuido en un 80 por 100, y casi en la misma proporción la producción tabaquera. La zafra de 1895 había llegado al millón de toneladas, y ahora eran apenas 300.000... La fiebre amarilla hacía estragos. Los puentes y las carreteras estaban destruidos».

Tras la firma del tratado de paz en París, Cuba cambió de las manos españolas a las yanquis. Las tropas norteamericanas permanecerán cuatro años estacionadas en la isla, y los dólares empiezan a llover sobre Cuba para ser reexportados, con la plus valía correspondiente, a los Estados Unidos. Se establece una Constitución que incorpora a su texto la enmienda Platt, por la que se reconoce «el derecho de intervención de los Estados Unidos para garantizar la independencia cubana, para ayudar a los Gobiernos a proteger las vidas, la propiedad y la libertad individual...». En virtud de esta enmienda, los Estados Unidos intervendrán todavía en tres ocasiones más en Cuba (1906, 1913 y 1929).

La total independencia sólo llegaría en 1959. Más de sesenta años después de la misteriosa voladura del «Maine». ■ F. M.

ops

